

Las casas eran negras, silenciosas, cerradas como sobre dramas, y privadas de luz, aunque caía la noche.

—Robin huele un peligro—dijo Readway.—Tiembla. No quiere adelantar un paso... ¿Pero qué hay en tierra?

La masa pesada y sombría era un cadáver.

—Deteneos!—gritó Fischart.—No le toquéis. Esa calma siniestra, á través de la cual una oreja avezada percibiría gemidos confusos... el olor abominable que me persigue desde hace algunos minutos... La peste reina aquí. Huyamos.

Picaban espuelas cuando oyeron el sonido de una campanilla. El mal olor aumentó con el ruido. Un coche enorme se acercaba á ellos.

—Plaza! plaza! aulló de lejos el hombre que lo conducía. Apenas si los tres viajeros tuvieron tiempo para echarse á un lado. El cargamento pesaba, porque los ejes rechinaron. Aquella vez los viajeros tuvieron que taparse la nariz; tan sofocante fué la exhalación. No distinguían al conductor, pero le interpelaron al azar:

—¿Qué pasa? ¿Hay peste en Oldembourg?

—No es la peste, monseñores, es otra cosa. Botoncitos negros y hemorragias. Las gentes revientan por centenares. Me llevo una carreta llena de cadáveres.

La voz salía de las tinieblas, alta y fuerte. El sonido de la campanilla era perceptible.

—¿A dónde los lleváis?

—A un osario, cerca de los baluartes. No nos tomamos el trabajo de enterrarlos. Eso es lo que emponzoña á los cuervos.

—¿No tenéis miedo?

—¿A qué? Es nuestro oficio. A vuestras órdenes.

—Oíd una palabra.

—Bueno. Mi caballo conoce el camino.

—¿Cuándo comenzó la epidemia?

—Hace quince días. Primero uno, dos; luego diez, luego veinte y luego presagios en el cielo; nubes enormes de demonios que han oscurecido la luz del día. Doce hechiceros han sido quemados; sus casas han sido exorcizadas y también sus animales. Pero en vano. Yo tengo tarea de la mañana á la no-

che y nadie se atreve á ayudarme. Por eso algunos quedan apilados en los cuartos, y es una infección. Nadie ha podido huir, porque la cosa fué muy aprisa. Los primeros días se ponían los cuerpos en las puertas, y tenían tanta prisa que yo me encontraba allí moribundos, moviendo pies y manos. Ahora nadie se cuida siquiera de eso. Mis aprendices han muerto. Lo que parte el corazón son los pequeños que nacen y que apenas fuera... alto ahí; á la fosa con los padres! Veo algunos que mueren juntos, torcidos, como si estuvieran bailando, uno en brazos de otro. Ah! es una cosa!... Los recojo aquí y allí, los más pobres con los perros, los más ricos con los mendigos, los cobardes y los bravos, y mis amos y los que me injuriaban. Todos apestan lo mismo. Hay en la iglesia un montón de ellos. En cuanto al cementerio, debe ser, para los que están hace mucho tiempo enterrados, un aplastamiento.

—Sin embargo, parecéis alegre.

—¿Y qué hacer? No somos ya más que quinientos, de miles que éramos. Dentro de una semana seré el rey de la ciudad. ¡Ah! ¡Ah! No debo olvidar mi hornada. Buenas noches, monseñores. Es raro el que yo me retarde charlando por las calles...

Los tres amigos partieron al galope. Por pronto que salieran de la desgraciada ciudad, Shakespeare jadeaba como en una pesadilla. Las opacas filas de casas le hacían el efecto de féretros. Nunca arrojaría de sus narices aquel nefasto olor, alrededor suyo había un vasto estremecimiento de extertores, un ejército agonizante de víctimas. Reconstituía la infección del azote, la sorpresa de los primeros dolores, la cabalgada de la muerte más rápida que la de *Huracán* y *Vindex*, y de la cual se respiraba el aliento fétido. Entonces las familias se desorganizaban. El padre huía de la madre y la madre de los hijos. Toda autoridad había desaparecido. Cada morada era un lugar trágico. Nada de gritos; los vagidos de la infancia se acordaban con el extertor de los últimos minutos; y el espanto con mano rápida vestía todos esos cómicos, agitandoles en el sudario de sus trajes de carne febril. En este desplome universal, un solo Dios quedaba vivo: el amor. Se sen-

taba ante las pobres cabeceras y cambiaba el origen de las lágrimas, porque el espectáculo de la muerte no lo anonada. El ancesto también llegaba corriendo, y las formas monstruosas de la pasión salían de esas almas exaltadas por el temor de un fin tan próximo. El poeta, sacudido de un vértigo alucinatorio, sintió bien pronto las angustias del horrible mal.

Vió su breve destino dando la mano á su gloria y los dos abandonándole con una triste sonrisa á los frios llamamientos de la muerte. Alrededor suyo lloraban los poemas sublimes y generosos que hubiera podido escribir, sus dramas en el estado de proyectos, como una raza envuelta en los limbos. Apesar de su soplo áspero y del sudor helado que envolvía sus miembros escuchaba los pálidos reproches de tantos personajes no realizados. Los enamorados, los reyes, los vagabundos, los celosos, las hadas, los conquistadores, se lamentaban según sus actitudes. Volvían para siempre al vasto imperio de las sombras indecisas. Sometidos á la suerte oscura de la lotería humana, serían huesos y músculos y miembros y cerebros frágiles y estrofas aladas, hacia las memorias ardientes de los sabios y no tendrían ya sus formas inmortales.

—¡Ay! ay! viviremos por tu muerte y moriremos más aprisa. Desconocidos, deformados, presa de las imaginaciones pesadas, circularémos penosamente en medio de los actos y las circunstancias, y nuestra esencial belleza desaparecerá, puesto que no estarás ya aquí para recogerla en la copa soberana de tu espíritu.

Entre los dedos del sepulturero, bajo el amontonamiento del coche, bajo el pico agudo del cuervo, esas quejas continuaban más débiles, decreciendo con la sangre y las fibras, y las aves, volando, se llevaban girones de gozo y terror, desgarraban la trama sentimental á la cual se adherían restos de héroes...

Al día siguiente, á las doce, el caballo de Fischart se detuvo súbitamente. Tiritaba. Sus patas se agitaban con un temblor convulsivo, y sus narices, alzadas en una mueca dolorosa, dejaban ver sus dientes blancos de espuma.

—¿Qué vamos á hacer?—dijo Readway, inspeccionando el

horizonte desierto, bandas mojadas de una bruma húmeda que el viento sacudía sin disolverla.

Por intervalos un grupo de árboles raquíticos aparecía; después el vapor, haciéndose más compacto, absorbía esa especie de fantasma.

—Os llevaré á la grupa—añadió Shakespeare.—pero con tal que no tenga el mal de Oldembourg.

Fischart procuraba, en vano, reanimar el ánimo de *Vindex*. El pobre animal flaqueó de las patas y cayó al suelo. Sus ijares temblaban precipitadamente y su mirada se hizo vitrea. Dió un largo relincho al cual respondieron *Huracán* y *Rolín*.

—Sus adioses á la vida—dijo llorando el libelista.—Vamos á tener que dejarte aquí, buen camarada que desde la Frise has arrastrado mi razonador cuerpo. Yo te quería, aunque no comprendiera tu lenguaje y no añadieras á nuestra inquietud otro tributo que el de tu avena. La imagen del pueblo ¡oh mis poetas! Lleva á un príncipe hasta que cae y no es tan bien nutrido como esa gran osamenta.

—Mal presagio—repetía Readway—Es una calamidad que un caballo muera en un camino. Si yo me hallara á la víspera de mi duelo, sabría lo que eso significaba. Olof podría regocijarse y mi bella Helmi preparar los vestidos de luto que sientan tan bien á su frente altanera.

—Hi! hi! hi! hi!—ladró una voz cercana:—El veneno obrando, la bestia pataleando y el hombre llorando!

Una silueta surgió de la bruma. Los viajeros se quedaron atónitos. ¿De dónde y cómo surgía así de improviso esa vieja descarnada, de cabeza de ave de rapaña, vestida de harapos grises y cuyos cabellos de un blanco sucio, flotaban en la bruma?

Se acercó al cadáver de *Vindex*, se puso en cuclillas y con sus dedos de uñas largas y negras trató de abrirle la boca. Después sacudió la cabeza y miró sucesivamente á los tres compañeros:

—Al rojo, al moreno, y al más joven, un saludo de la hechicera, un saludo de Killekoff la hechicera.

Lo sobrenatural agitaba á Shakespeare y á Readway. El primero dijo furioso:

—¿Quién eres, larva, espectro ó sér vivo, y por qué esa asquerosidad?

Frischart gritó irónico.

—Es una pérdida que juega á las apariciones. Cuando viene la bruma, sueña. Necesita con toda urgencia una moneda de oro. La legumbre brota mal en este suelo pedregoso. Entonces se disfraza de demoniaca y espía al pasante crédulo.

La vieja tendió hacia él su índice, semejante á una fibra de leña seca:

—A tí, furioso pero valiente, insolente pero leal, te saludo, porque odias al Papa y con tus frases mordentes le desgarras. Tu caballo acaba de confesármelo.

Y sonrió de una manera diabólica. A su vez el libelista se asombró.

—Apruebo tu presencia ¡oh muy venerable y sagaz Killekoff! para interrogarte sobre nuestro porvenir. Porque no he visto nunca hechiceras más que en los haces de leña de la gran plaza y es un real solaz que sean posibles las profecías. En vez de tantear torpemente á lo largo de nuestro tenebroso destino, deseamos saber nuestro camino. Haz eso, reemplaza á *Vindex* y te declaro hermana del Maligno, y mis amigos te celebrarán con poemas aduladores.

Los ojos de Killekoff llamaron:

—¿Me autorizas para consultar su vientre?

Y señaló al animal extendido en el suelo.

—Sí,—respondió Frischart.

Y ante la vacilación de Readway y Shakespeare:

—La ocasión es única, la materia única, para hablar en lenguaje famoso. Dejemos al azar que haga lo que quiera y anótemos sus respuestas.

La hechicera sacó de debajo de sus harapos un cuchillo mellado. Se acurrucó entre las patas del caballo y rajó la piel á lo largo. Después apartó los dos lados de la piel. Las entrañas cayeron al suelo. Los dos poetas, llenos de asco, retrocedieron, pero la curiosidad pudo más y no cerraron los ojos. *Huracán* y *Rolín*, inmóviles á algunos pasos y casi invisibles, relincharon como si olieran la autopsia aquélla. Entretanto

Killekoff parecía estar en sus glorias. Escudriñaba con las manos aquel vientre cálido y sangriento, hundiendo y volviendo á hundir en él sus brazos huesosos, rojos hasta el codo. Después entonó una queja extraña que Frischart, apesar de su atención, no pudo comprender, y en donde se repetían series de sílabas é hipoes, aullidos roncós. La espalda de la bruja era sacudida por rápidos movimientos nerviosos y sus pies desnudos se contraían, como dos bolas húmedas y polvorientas. Por fin, se detuvo. Con voz diferente, tenue y clara, comenzó á predecir, conservando su postura acurrucada, rígido el torso, rimando las frases con profundos suspiros. La bruma parecía el humo de una tripode.

—Veo un campo de nieve y huellas crueles. El que ama á una dama blanda, lo sabe. Oh! oh! oh! Veo esperanzas cegadas y esperanzas que germinan, más vastas, en la misma comarca en donde hay tantos árboles verdes. Veo luchas, matanzas y oigo sonar las trompetas guerreras. El porvenir es para el más joven si se cumplen todas sus ideas. La verdadera dicha está en el intermediario.

La vieja como azotada, se calló. Shakespeare adelantó febril.

—¿Tendré la gloria?

Su pregunta no tuvo respuesta.

—Vagas profecías, oráculos embrollados. Siempre el mismo lazo—gruñó Frischart.

—Está bien, Killekoff, gracias. Eres una sabia adivinadora. Toma en recompensa.

La hechicera se levantó de un salto, agarró entre sus manazas ahorquilladas la moneda de oro y se echó á reír.

—Mire, el diablo nos escuchaba.

Del lado opuesto á *Huracán* y *Vindex* un enano rechoncho se alzaba en la bruma. Su cuerpo era ancho; sus piernas apartadas en forma de ángulo agudo, terminaban en dos zuecos. Su cara parecía indistinta, y dos cortos cuernos decoraban salientes su cabeza triangular.

—¡Ah! ¡por fin te encuentro!

Frischart corrió hacia la aparición pero se deformó en se-

guida, y Shakespeare, cuya alma estaba conturbada, la vio cambiarse en un simple caballo, por el desdoblamiento de las patas y la metamorfosis de los cuernos en orejas. El libelista volvió gozoso y trayendo á su cautivo por la crin:

—Me has cumplido tu palabra, Killekroff.

La hechicera había desaparecido sin que lo notaran William y Readway, y el cadáver manchado de Vindex era el único vestigio de aquella escena fantástica.

—¡Cosa prodigiosa!—murmuró Readway.

—¿Qué importa? ¡El infierno está con nosotros. Me ha enviado otra cabalgadura, y la bautizo con el nombre de Killekroff. Quieto, mi temible prisionero! Sé ardiente y rápido como las llamas que gobiernas.

Fischart vistió al maléfico animal con los despojos de Vindex, montó, le hizo encabritarse y sacando su espada orgullosa:

—Hoy—dijo—desafío al universo entero, españoles, jesuitas y el Papa. Por tenaces que sean sus esfuerzos, por feroz que sea su odio no sabrán triunfar del que ha cabalgado sobre el rey de los demonios.

—Os afirmo que ha profetizado mi muerte. Sus brillantes miradas estaban fijas en mí. El campo de nieve.... La dama blonda... ¡Animo! A la tumba, donde todos irán á juntarse, me llevarán la doble pena de mi bella Helmi y de mi poema la lluvia de miradas y de estrellas, que hubiera deseado tanto consagrarle.

—¿Estáis loco?—replicó Frischart, á quien entristecía la amargura de Readway.—Era una vieja loca y nada más. ¡Oh poetas, poetas, niños vestidos de imágenes brillantes! Yo no he dudado en cabalgar sobre el bravo Killekroff. Y mirad, Huracán y Robin son ya amigos suyos. Hubieran olido al diablo, si lo fuere; estad seguro de eso.

—Gozad de los pocos días que debemos pasar juntos y no nos dejemos abatir por una tristeza sin motivo.

La voz de Shakespeare era tierna y grave.

—Vos viviréis, Readway, para la gloria. Veréis vuestro

nombre correr en la boca de los hombres y sonreiréis de vuestras angustias. Si yo fuera un Plutarco, comenzaría vuestra biografía en estos términos: «Desde su primera juventud, este poeta vivió aguijoneado por el temor de la muerte. De ahí la facilidad de sus versos. El los llevó á un último extremo de perfección por el temor de no acabarlos.»

Por la primera vez, desde su entrada en Alemania, el paisaje era animado. Subían por una especie de caos en donde se abrían grutas y precipicios y sobre ásperas rocas cubiertas de musgo en la cúspide y con abetos y robles aislados que tendían hasta el cielo sus largas ramas. Una multitud de pequeños torrentes circulaba á través de esos bloques amontonados. Algunos arrastraban troncos de árboles; otros habían roído tanto la piedra que las raíces estaban al desnudo, semejantes á arañas gigantes.

—Cuidado con vuestro manto rojo, Readway! Si no lo volvéis de revés, va á perder su púrpura brillante.

Frischart señaló para una enorme nube negra suspendida en el cielo por encima de sus cabezas.

—El serio reino de Westfalia no tiene región más pintoresca. Apruebo la inestabilidad de la naturaleza; ese granito se desmorona y se derrumba en algunos siglos que son apenas segundos. El activo trabajo del agua por una táctica sabia, asedia al mineral y al vegetal. Aquí deberian soñar los destructores de preocupaciones y de ídolos. ¡Cuán superior es un suelo rapado, erizado, desmelenado, á la calma chicha que atravesamos todos estos días!

—Admiradores de Rabelais, vuestros gustos más diversos coinciden, respondió Readway, consolado de su melancolía pasajera.—Para que creáis en la fuerza, es preciso que los músculos se vean, que las montañas se hagan volcanes y que los colosos se desplomen un estrépito abominable. Dejadme preferir el reciente, el exquisito, el irónico filósofo de Montaigne cuya energía se disimula y que agrieta las creencias ayudado de músicas. Una alegre pradera en donde pacen toros, tal es su paisaje.

—No le conozco;—confesó Shakespeare

—Os gustaría mucho. Sin pudor y por frases delgadas como lonjas, tan delgadas que son translúcidas, recorta su conciencia y nos la ofrece y la hallamos idéntica á la nuestra. Aunque experto en las más finas diferencias, se burla de la semejanza y amontona el universo en un ser.

—Su análisis continuo me fatiga—replicó Fischart, espiando á Killekroff y dominando á sus compañeros.

De pronto su cara expresó el estupor.

—Venid, venid en seguida.

La estrecha cima á que llegaban conducía á un precipicio, y los caballeros, inclinándose y manteniendo con fuerza á sus caballos, distinguieron un barrancón rocoso en donde muchos árboles gigantes habían escogido domicilio. Por debajo se extendía la nube oscura, tan cercana que parecía tocarse alzando los brazos. En el fondo corría un arroyo torrentoso. A caballo sobre las altas ramas de un abeto, un joven, vestido de negro se ocupaba en fijar una larga cuerda terminada en un nudo corredizo. Desde abajo un perro le miraba, moviendo la cola, y con el hocico inquieto.

—Escitáis un curiosidad, Fischart. Tengo un deseo loco de comprender....

El joven alzó la cabeza. Vieron su amable cara de ojos claros y por su posición elevada su voz breve fué muy clara cuando respondió:

—Dentro de algunos minutos quedaréis satisfecho. Voy á ahorcarme.

¿Ahorcaros?

—¿Os asombra?

—Algo. Reflexionad. ¿La vida es cambiante? ¿Es el amor?

—Repetidlo, porque he oído mal.

—¿Es el amor?

—Si, y no. Es todo. Mi resolución es firme y la soga también.

Y la estiraba, cargando sobre ella, para ensayarla.

—Escuchad mi canción.

Y Reedway, con aire violento y magnifico entonó un elogio de los gozos terrenales, que alzaba singularmente la cir-

cunstancia. Celebró primero el corazón y la carne de la mujer; luego la amistad fiel, fuente del heroísmo, las batallas, el vino y el sueño. Celebró la dicha de estudiar y de leer, de sentir el alma de los antiguos habitar la suya, de soñar por la noche á la hora del crepúsculo en los países dorados á donde conducen los bellos viajes. Alabó el agua y sus frescos caprichos, el fuego que reanima, la tierra que alimenta y el aire en donde palpitan las estrellas. El desesperado le escuchaba, sentado sobre su rama, y una pálida sonrisa iluminaba su cara inteligente. Cuando el poeta hubo acabado, le aplaudió.

—¿Os he convencido?

—Del placer que tenéis en vivir, sí. ¡Ah! ¡la antigüedad os anima! ¡Qué cadencia tan exquisita! Vos habéis encantado mis últimos instantes. Gracias.

La angustia de Shakespeare era extrema. Y suplicó:

—Venid con nosotros. Quedaréis consolado.

—Demasiado tarde.

—¿No teméis el infierno?

—Me cuelgo de una rama en forma de cruz, á fin de morir como un sacrilego.

La nube negra se abrió. Cayeron anchas gotas de lluvia.

—Me voy á mojar—dijo riendo el joven.

Y descendió con precaución. Al llegar al medio del árbol, apareció la cuerda que pendía, pasó el nudo en derredor del cuello, y extendidos los brazos se lanzó al espacio. Las piernas y la nuca se hicieron rígidas casi en seguida. El cuerpo tuvo un sacudimiento y la gruesa rama un crujido. Pero el árbol se portó bien, y el perro que le seguía mirando se puso á aullar siniestro.

Los tres amigos se abrigaron en una gruta, mientras un verdadero diluvio caía sobre el tembloroso follaje y las rocas lucientes, engruesando los torrentes de cascadas y cataratas, arrastrando arena, piedras y trozos de roca.

—Cosa horrible! pero ¿qué podíamos hacer?—repetía Fischart. No parecía loco, y Reedway, mientras cantabais....

—¡Ah! ¡mi canción! ¡Qué ridículo he estado! No hubiera sido bella sino siendo eficaz.

Se oyó un aullido prolongado, dominando el ruido del agua. El perro continuaba llorando á su amo.

—El desgraciado recibe ahora la tempestad—murmuró Shakespeare con voz estrangulada por la emoción.—La lluvia palpa ese cuerpo en donde corría la sangre, en donde los deseos han hallado demasiados obstáculos. Le veo, pobre trapo sucio, entre el cielo implacable y el suelo fangoso. Poco á poco se gasta la cuerda y su cadáver cae en el arroyo y se rompe sobre las rocas. Después un lobo furtivo adelanta la boca y disputa ese maná á los cuervos.

—El suicidio—dijo Fischart—es, creo, el único regalo que Dios ha hecho á sus criaturas. ¿Oís á ese animal infortunado? Se obstina en lamentarse. En un collado, todos los males imaginables, porque se puede, querido Readway, tomar al revés vuestra poesia; en el otro, la posibilidad de escapar á todos esos males. Así se constituye el equilibrio. He conocido un filósofo, joven todavía y tan ávido de saber, que aterraba á sus maestros. La labor, la ausencia de religión y algún resorte misterioso de su naturaleza, habían desenvuelto en él un gusto prodigioso de la libertad. Sufria con violencia de las razones que cada uno supone á sus movimientos y á sus pensamientos, y ese dolor fué tan intolerable, que resolvió deshacerse de él y murió en un acto libre. Se fué hacia el mar, rodeado de mucha gente, pues todos deseaban admirar su valor, y alzando la cabeza entró en las olas. Nadaba contra la corriente, vieron durante largo tiempo ese cráneo altanero y terco alzarse sobre las olas, pues quería agotar sus fuerzas contra las del universo y entrar en la nada. Por fin desapareció, y sé bien que los dioses le abandonaron; pero debieron, entregándole al agua brutal, admirar esa alma heroica.

Mi historia es tan conmovedora replicó Readway. Uno de mis amigos era engañado por su querida. Lo supo, y bebió veneno, pero se arregló de tal modo que murió entre los brazos de la infiel, infligiéndole el remordimiento. En esa gran angustia sintió más viva que nunca la dulzura de los se-

nos y los labios. Y si ella sabía leer en las miradas, piense que recordó su lectura.

Le tocó la vez á Shakespeare:

—Un vecino mío, hombre jovial, tenía dos hijos, de 4 y 7 años. El mayor se escondía para llorar y cuando le preguntaban el motivo de sus lágrimas, respondía que todo lo existente le parecía muy desgraciado. Era un hombrecito de una perspicacia extraordinaria y cuando hablaba con él, olvidaba lo real, porque sus frases me parecían las de un sabio moroso. Un día cojió una pistola vieja y apoyándola sobre su pecho, ordenó al menor tirar del gatillo. El otro creyó que era cosa de juego, obedeció y dió un grito terrible al ver caer á su hermano, agujereado y ensangrentado el pecho.

Quando salieron de la gruta, anochecía. En el fondo del obscuro barranco, bajo el ahorcado invisible, el perro persistía en su queja. Las piedras y las hojas goteaban lentamente.

En la principal taberna de Brême había una numerosa asamblea. Los tres amigos habitaban, hacia diez días, la ciudad. En esos diez días, Juan Fischart había reanudado su conocimiento con muchos viejos compañeros á quienes presentaba á Shakespeare y Readway como la flor y la esperanza de la poesia inglesa. No eran más que banquetes, orgías prolongadas y ruidosas, espesas discusiones teológicas que se arrastraban á través de los textos bíblicos, como la mordentaráfaga de Noviembre, hasta que alguna imprecación, algún choque de un puño sobre la mesa, algún vaso roto por la impaciencia de un contradictor, traía el sentido de la vida y de la lucha.

Carzada de bebida la cabeza, William, sentado sobre un banco entre Readway y un estudiante de anchura cara blanca, examinaba la concurrencia. Al lado de Jean Fischart estaba el silencioso, el enigmático caballero de Riesensturm, sólido partidario de la Reforma “uno de los más bravos y leales señores de Alemania,”—según decía el libelista. Había invitado á los viajeros para ir, cuando salieran de Brême, á pasar al-

gún tiempo en su castillo, que se alzaba en el camino de Hamburgo, á poca distancia de Rotembourg. Sus ojos, duros y hoscos, lucían en su cara huesosa; un bigote torcido con hierros, gris y profuso por debajo de una nariz curva, acentuaba su boca de labios delgados, y cuando sonreía, distinguíase el relámpago de sus blancos dientes. No lejos de él, el predicador Gostchen y su discípulo favorito á quien llamaban Alcibiades, vituperaban los crímenes antiguos de un cierto Harobenberg, cuyas audacias religiosas habían agitado la baja Sajonia. Otros teólogos les contestaban. Casi se injuriaban, cambiando alusiones envenenadas, porque las costumbres estaban corrompidas y la embriaguez provocaba actitudes dudosas, singulares miradas, y confidencias sordas. Los vividores y los locos codeaban á los juiciosos. Bromeaban á causa de su belleza, á un elegante joven extendido sobre un diván bajo, en una postura indolente. Las risotadas se mezclaban á las vivas réplicas, á las frases latinas, á los apóstrofes. Con voz embrollada por la embriaguez y tropezando contra las palabras y los recuerdos, el vecino de Shakespeare le contaba la historia del doctor Fausto. Aunque la elocuencia del narrador no parece igual á su celo, el poeta sintió pasar sobre él el estremecimiento de la belleza que pasa y el deseo de dramatizar esos episodios ardientes ó mágicos.

Cuando Carlos V pide á esa comparsa del diablo evocar á Alejandro de Macedonia, es probable que para esa entrevisita hallaría yo las palabras necesarias. Pero las imágenes del pasado, las que levantan en nosotros el amor de la gloria, y los héroes, ayudados de muchos expectros, se empujan unos á otros á la luz.

Estas reflexiones y los vapores del vino ahuecaban la leyenda, de tal modo, que fué imposible á William recordarla después sino á pedazos.

Fischart, entregado á sus observaciones, estaba gosofo, gesticulando y gritando. Citaba ásperamente textos, refutaba con vehemencia y su sarcasmo dominaba el estruendo. Luego la conversación cayó de la política en la literatura y se trató del

plagio. Uno de los teólogos se quejó de que le habían robado las ideas.

—Son tesoros que nadie roba, —gritó Readway.—Todo está en la forma. El gusto de la misma carne varía con los cocineros. Yo no titubearía en tomar un asunto ya explotado, en someterlo á mi fantasía, y si mis versos son melodiosos, los declararé míos por la soberanía del estilo.

—Es una cosa odiosa—vociferaba Fischart—Es el bandidaje con la lanza en la diestra. De modo que durante largos años habré buscado un buen argumento, dando vueltas á mi adversario sobre la hacha de mi lógica, ante la llama de mi cólera, y recogido el jugo sabroso que un puercito sarnoso vendrá á lamer en seguida. ¿No amáis vuestros hallazgos? ¿No son vuestras rameras esas alianzas dichosas del pensamiento y del verbo que se lanzan al porvenir, desnudas y temblorosas? Si, mi serrallo es pequeño, pero yo soy su seguro centinela.

He conocido hombres de genio que no eran más que ladrones de despojos. Encendían hogueras sobre las alturas; los tontos naufragaban ante los lodos y sus despojos servían á los malvados.

Shakespeare tomó la defensa de Readway:

—El mar y sus ruidos son de todo el mundo; el viento y el huracán son de todo el mundo; más que el mar y el huracán las ideas pertenecen indistintamente al pueblo inmenso de los hombres. Los que tienen el espíritu débil y confuso no ven en ellas más que estrellas errantes, y por casualidad una noche atraviesan esas ideas y asombran sus almas. Pero los poetas y los adivinos aman los fantasmas luminosos, suplicándoles mostrar sus caras, y esas caras no son nunca las mismas; sus sombras y sus formas difieren. No hay una imagen de la cual se pueda decir que ha salido del cerebro de uno solo, y quien piensa está en contacto con las generaciones antiguas y las futuras, tan estrechamente como si las abrazara, porque entra en un anillo cerrado. ¿El que tiene miedo es el único á tener miedo y cómo nombraría su angustia si otros no lo hubiesen tenido antes que él? Así cada poeta, antes de robar á

sus contemporáneos, se roba á sí mismo. La frase que escribe no es más que un plagio de las más dulces confesiones de la Musa.

En este momento se oyeron en la calle dos gritos de ¡Fuego! ¡Fuego! acompañados del patear de una multitud y de una viva luz. Todo el mundo corrió hacia afuera; se oía el toque de rebato. Sobre un fondo rojo ardiente, saltaba el humo más pálido y se esparcían las chispas. A esa cálida claridad la arquitectura de las casas tomó un relieve extraordinario y Shakespeare, deslumbrado, admiró los juegos elegantes de la madera y de la piedra, los balcones, los remates de las fachadas, los techos y los pórticos, que parecían salir de un capuchón de la hornaza como de una antorcha sacudida. Los vidrios numerosos y muy unidos, reflejaban las llamas, y William imaginaba el temor en esos millares de miradas de oro de las que algunas se rompían con estrépito. Gritos águdos se juntaron á la lamentable alarma de las campanas. Vestidos aprisa, ó en camisa, los habitantes huían de sus casas; muchos de ellos salían cargados de cofres, que en su angustia dejaban caer, esparciéndose el dinero, las joyas y los encajes. Al acercarse al brasero, la atmósfera se hacía acre y sofocante y el resplandecimiento aumentó. Un grandioso palacio, ante el río, en una ancha plaza, servía de alimento al fuego.

Aquel palacio tenía una forma singular, porque sus diversos pisos estaban escalonados los unos bajo los otros, de modo que se ensanchaba hasta la mitad de su altura, en el mismo sitio donde las vigas se desplomaban en un polvo cegador de fuego. Figuras esculpidas y divisas decoraban el frontón como balaustrades de hierro caladas. Se abrió una grieta entre un Sileno y unos vendimiadores. y—aspecto irrisorio—cortó la pierna de un cojo Vulcano encarnizado en su fragua. *Victus J. Prudentia* saltaron; la pesada *Sapientia* se fundió, y alrededor de los mármoles ennegrecidos, el metal de las rampas se hizo líquido. De vez en cuando un crujido espantoso era seguido de un río de lava, y se desplomaba un lienzo al piso arrastrando las alegorías—las de la Reforma y el Renacimiento, la Biblia y la mitología, los dioses paganos y las virtudes teolo-

gales. Las barcas habían huido y las aguas reproducían, sin apagarla, la sábana incendiaria. Las caras de los burgueses, contraídas por la angustia, se destacaban entre esos dos espejos, con una intensidad trágica, y los caracteres aparecían completos, iluminados por la catástrofe. Cerraron la calle con cadenas. Pero el palacio hallábase aislado en esa encrucijada y no se propagó el incendio. Corrió el rumor de que había algunos infelices encerrados allí, y algunos creían oír lejanos aullidos de dolor. El caballero de Riesensturn se arrojó tres veces contra la alta puerta color púrpura y chisporroteante, y tres veces tuvo que recular, sofocado por el infernal aliento. Se lanzaba á la puerta como se lanza uno al asalto y volvía de allí con el pelo quemado, rojas las mejillas, é inundada de sudor la frente. Una voz murmuró muy cerca de William:

—¡Qué hermoso es el valor!

Hubo necesidad de contener á Readway que quería tentar esa loca aventura.

Fischart, exaltado, pateando se acercó á Shakespeare.

—¿Veis la audacia de esas llamas? Devoran como el tiempo todo; la obra de la Italia: los cestos de uvas, las hojas delicadas, las brisas muelles; la obra de Alemania: la escolástica y las ciencias austeras. ¿Verdad que es aparente y glorioso, gracias á ese hogar maldito, el esfuerzo de la ciudad, del arte y de las ciencias?

Shakespeare seguía silencioso. Escuchaba la caída de las piedras, el rumor ambiente, el monótono despertar del rebato. Contemplaba los enormes penachos carmesies picados de chispas, rayados por unos instantes, de bandas oscuras; el río y el cielo abrasados, las siluetas extrañas y tímidas de las viejas piedras de las casas vecinas. El soplo de lo siniestro hacía temblar su alma. Por fin respondió:—Todo eso es para mí más que una imagen. El amarillo estremecimiento de la ciudad me explica muchos misterios. Así como aldeas y ciudades, los sentimientos se han perdido en nosotros por el sostén de impresiones diversas sobre muchos puntos de nuestro espíritu. El orgullo es Brême, y el curso de la vida ha depositado ahí sus mercancías; y arquitectos sabios han esculpido las casas

altaneras ó superpuesto las épocas en algunos ornamentos de los pisos. Los celos es Amsterdam, cada canal refleja el pasado. Paseantes curiosos, vamosá través de las calles y observamos las ventanas. Es lo que se llama tomar conciencia. Pero la pasión candente nos revela la extensión de esas aglomeraciones íntimas, tuerce y disuelve en algunos segundos pánicos tumultuosos, palacios deslumbrantes; los relieves, las lágrimas y las sonrisas, las melancolías, las ternuras, nada resiste al fuego vencedor.

El incendio se extinguió falto de combustible. Por entre las hendeduras de las morenas y tenebrosas murallas, por las ventanas cegadas y por las ruinas centrales, salían torbellinos de hollín, de ceniza y humo obscuro; pero el cielo no se obscureció. Por encima de los escombros una mañana de invierno mostró su descolorida cara helada, y sobre los blandones todavía rojos, la nieve algodonosa, loca, como un enjambre páido y rápido, comenzó á caer.

Fischart, Shakespeare y Readway llevaban ya una semana instalados en Hamburgo, en una casa vecina á la del sabio Ermanius, amigo íntimo del libelista. William se había apasionado por ese viejo robusto, de cara cuadrada, de frente cargada de cuidados, de ojos escudriñosos y parpadeantes, de índice perpetuamente levantado y demostrativo, y en vez de correr por la ciudad, como lo había hecho en Amsterdam y en Brême, gastaba los días y las noches en el retiro del alquimista, retiro que tiene algo de infierno y biblioteca, de casa de fieras, de albañal y laboratorio. Bien iluminado por dos ventanas bajas de vidrios pequeños, el cuarto era muy largo, pero estrecho y encerraba una multitud innumerable de polvosos pergaminos, manuscritos descabalados y que cuando alguien los abría, dejaban escapar hordas de polillas, librazos ornados de figuras extrañas y sellos simbólicos, y tiras de tela en donde se sucedían las cifras y los signos de la cábala. Sobre un gigantesco hornillo de forma rara se escalonaban las retortas, morteros y recipientes de todas clases, y un viejo baúl contenía un ejército de minúsculas retortas, escondrijos de veneno, beleños, bálsamos, sales, sustancias mágicas etiqueta-

das según leyes misteriosas. Una balanza se alzaba al lado de un *aquarium* lleno de peces, una colección de herbarios y de helechos. Una jaula de pájaros se alzaba á plomo sobre un cesto de algas húmedas, donde pululaban crustáceos inmundos.

Había también una mesita, dos brújulas, una caja resplandeciente de instrumentos de tortura, otra de minerales y piedras preciosas, muchos violines y flautas de tamaños diferentes, mapas de geografía, modelos de casas y de bancos, una série completa de lentejas de vidrio y de espejos curvos, cóncavos, convexos, ondulados que reflejaban aquel caos deformándolo más. En cinco carros, dispuestos de tal modo, que sus habitantes se alzaban sobre las patas traseras,alzada la cabeza al nivel de un presebrito, saltaban dos perrillos, un kanguro muy flaco y un mono pelado. Suspendidas al techo, tres cajas lisas abrigaban una carga de reptiles; en cuanto á los insectos, corrían en las paredes de una *victrina* dividida en compartimentos, las arañas alejadas de las termitas y las abejas separadas de las pulgas y las blates para la mejoría de las especies.

Anexos á este gabinete de estudio central había cierto número de tugurios que servían para las esperiencias: los unos secretos, los otros aparentes, sin luz y sin aire, pero no sin piojos, tugurios en donde el sabio se encerraba algunas veces toda una tarde ó toda una noche y de los cuales salía con la cara congestionada y gozosa.

De este amonotonamiento de seres vivos ó descomuestos, de cestos de cáscaras, de este montón de materias desaparejas, se exhalaba un olor singular y embriagante, hecho de alcohol, de maceraciones y de esencias. Allí dentro trotaban, se activaban, trabajaban apresurados y silenciosos, la mujer de Ermanius (Gertrudis) mujer delgada, de cara aterrorizada por su ilustre esposo; su hija (Hilda) de 16 años de edad, muy parecida á su padre, osada y terca; los dos hijos (Wilhem y Crugt) gemelos, de 14 años, semejantes á la madre por las facciones y la traza tímida, y por último, Ridhey, el discípulo. beato de admiración y de modestia, á quien llamaban el *Buho*,

á causa de sus ojos redondos, de su nariz aguda y de su frente comba. Todo ese personal cumplía las órdenes del amo, limpiaba las jaulas, daba de comer á los animales, preparaba los trabajos, recortaba, pegaba, serraba, cortaba del alba al crepúsculo. Cuando caía el crepúsculo y se encendían las mechas aceitosas, el domicilio se revestía de algo fantástico. Los animales daban sus gritos variados, algunos con la regularidad de un reloj, otros, intermitentemente, gritos lúgubres y plañideros, ó breves y estridentes, análogos á carracas, á ruedas chillonas y á cascabeles.

Ermanius decía á Shakespeare:

—Voy á conducirlos al circo.

Y se lo llevaba y con un gran vidrio de aumento proyectaba sobre una tela blanca la lucha conmovedora de dos arañas. Ambas se observaban primero largamente, removiéndole una pata en señal de inquietud, y se distinguía su cabeza enorme, sus pelos velludos y sus orejas. Después se arrojaban una sobre otra. Como margaritas que alguien deshoja, se arrancaban, se desgarraban, esparciendo los tentáculos articulados que sirven para andar, para tocar y para agarrar. Empleaban heroicamente todas las astucias, todos los salvajismos, y la muerte sonaba para ambas á la misma hora, ó la superviviente, agotada, se arrastraba hacia una agencia horrible, mientras que bolas espesas salían de su abdomen destrozado. Ermanius se reía sombríamente. Reemplazaba, á las combatientes por pulgones, hormigas belicosas, piojos y cucarachas, pequeños monstruos erizados de crestas, ojos, antenas, mandíbulas, que volteaban bajo la lente. A veces cogía un cangrejo y colocaba otro más débil, entre las pinzas errantes de aquél. El gigante volteaba al pigmeo, como para acariciarlo y abrazarlo. Lo estrechaba contra su corazón; se oía el húmedo ruido de las patas, pálido molinete cuya rapidez expresaba la rabia. Y de pronto, con movimiento brusco, le hundía en la juntura del caparacho, en mitad del vientre, sus espadas inflexibles, y sirviéndose de ellas como de palancas, hacía estallar la víctima.

Estos duros espectáculos espantaban á Shakespeare, pero

le revelaban la maldad arraigada de este mundo donde las menores criaturas no sueñan más que con la ruina y la matanza. Oía la voz solemne de Ermanius y sus afirmaciones de ateísmo, de las que se burlaba Fichart, admiránolas.

—Ningún Dios regula estas luchas. No sirven siquiera para la vida, porque las especies buscan el destruirse. Como no poseen nada ni tienen deseo alguno, ni ninguna necesidad en común..... el dominador de la naturaleza es el amor del anonadamiento.

Y levantó su índice fatídico:

—La crueldad es la hermana de la curiosidad, y cuando el temor está en vuestras miradas, ve que la sabiduría penetra en vuestro cerebro. En el estado ordinario, estamos en medio de las cosas como ciegos ó enfermos. Nuestros sentidos admiten las superficies, las partes cerradas, los misterios. Pues hay que violar el misterio. Hay que torturar las cosas, lo visible y lo invisible. El grito será una confesión; la sangre que corra, una inscripción. Uno se confiesa por el último gesto, crean lo que crean los malditos sacerdotes.

De hecho, conducía su curiosidad en las direcciones más imprevisibles, yendo de lo que él llamaba sus *tentaciones de ideas* á sus *tentativas de actos*, con una rapidez vertiginosa.

El entusiasmo de William le halagaba. Se interesaba en la poesía *como en una rama del ritmo total*. Y añadía:

—Yo también he perseguido el ritmo bajo todos sus modos, máscaras y trajes. La fuerza que nos atrae hacia la tierra tiene un ritmo.

Cuando desenvolvía un argumento repetía las palabras:

—Esta fuerza tiende á tumbar y rodar los seres en su superficie. Así, se descompone en dos fuerzas de las cuales la una atrae y la otra rechaza. Cuando se trata del animal de cuatro patas, la fuerza que rechaza se aplica á las patas de delante, y la que atrae á las patas de atrás. Por eso, se alza poco á poco y así el hombre se tiene recto. El mono, el kanguro siguen esa ruta. Llegarán al fin tarde ó temprano.

Por lo que respecta al pájaro, la fuerza que rechaza lo ha arrastrado; por eso vuela. La liberación de los miembros anteriores tiene por corolario la facultad de tocar, de modelar.

Los conductores nerviosos transmiten esta facultad al cerebro, donde encuentra la de ver, pensar y oír, y de ahí resulta la palabra, que no poseen los pescados, porque su cuerpo es horizontal, y que, en cambio, posee el papagayo, porque está alzado sobre sus patas, y una infinidad de pájaros susceptibles, por acrecentamiento, del canto, de los más melódicos artificios.... Rüdberg, Gertrudis, Erust, Wilhem, traedme mis carros! Veis esos dos perros, ese mono, ese kánguro? Quiero enseñarles á hablar, obligándoles á ponerse de pie sobre sus patas traseras. Ya les gusta esa posición. De aquí á cinco años, de aquí á diez, articularán silabas. Yo prescindo sin duelos del bueno ó malvado Dios, para explicar las causas del lenguaje.

Después de una de esas largas enumeraciones, el orador, para reposar, empezó una serie de blasfemias y de injurias á su discípulo y la Providencia, injurias que ponían de muy buen humor á Fischart é indignaban á Readway, poco sensible á las teorías científicas. Los dos abandonaban el laboratorio en donde trotaban las sombras aflautadas de la mujer, de los hijos y de Hilda. Un singular atractivo retenía á Shakespeare. Entre las ideas del viejo algunas le parecían llenas de filosofía. Ermanius decia gravemente:

--Cuando escribáis dramas, reflexionad en esto, que es una ley general: en un conjunto eterno, cada fragmento debe reproducir la imagen del conjunto. Así se confortan los átomos. Yo he descubierto, partiendo de este principio, una geometría nueva, una alquimia nueva y una astrología nueva. Mirad esta figura: es una A mayúscula formada de pequeñas aes. Tiene propiedades que no poseen las otras letras y que estudio en este momento. Pasa lo mismo con un círculo cuya circunferencia está formada de círculos y con un cuadrado cuyos lados sean cuadrados.

A

A A

A A

A A A

A

A

A A A A

Y añadió:

--Hay muchas maneras de leer el universo. Con relación al objeto, lo que hacemos, ó con relación al sujeto, lo que ha-

ce feliz y lo que constituye una inmensa ventaja. Una alameda de árboles no es para mí una alameda de árboles. Es una parte rectilínea de mi espíritu que aprecia una parte vegetal de mí ser, y no ignoro que esos torbellinos se agitaron tras mis miradas, las cuales las proyectan afuera. Toda observación es, pues, una emoción. Ahora á vos. ¿Qué es lo que yo os represento?

--Una poderosa máquina de comprensión--respondió Shakespeare--á la cual procura comprender una débil máquina.

--No es eso. Yo soy una emanación de vuestro entusiasmo poético, un personaje posible de tragedia ó de comedia que se agitaba en vos y que el azar del cambio ha dejado en vuestro camino. Toda la ciudad ha salido de dos gestos: el uno, que significa el abrigo y el otro que consiste en levantar una piedra. Lo que hay de dolor y de vergüenza en el movimiento que ocultan los ojos; lo que hay de alegría en el que tiende los brazos hacia el cielo hueco y vacío, habitará desde hoy la ciudad.

Su exceso de conocimientos ayudaba á la personalidad del sabio. Citaba textos olvidados hacia siglos, nombres extravagantes "caracoles adaptados al caracol de la oreja."

Conocía todas las metamorfosis que sufren las plantas, los árboles, las rosas, los reptiles y las mariposas. Había superpuesto la vida á los libros, estudiando las costumbres de muchos pueblos y especies, los diversos caracteres que nacen de la sangre, de la grasa, de la flacura ó del predominio huesoso. Se habia formado un alfabeto de pasiones, y según leyes matemáticas, anotaba sus conflictos y sus inteligencias, sus amalgamamientos y sus disoluciones, imaginaba sentimientos nuevos que disfrazaba con títulos sorprendentes. Por eso la timidez unida á la higiene y al odio, constituían según él, el *Ermintha*, vocablo sobre cuya etimología quedaba mudo, y alababa á Shakespeare un héroe agitado por una mezcla de celos, remordimientos y temor. En cuanto á los espectros larvas, apariciones, fantasmas, hablaba de ellos con excepticismo y afirmaba que la transformación del hombre en burro se cumple dia-